

Cuentos mitológicos. La almáciga.

Víctor F.R. Alcázar



III. LA ALMÁCIGA

Capítulo 1

El mercado

El ágora de Atenas era el núcleo de la actividad de la ciudad. Todas las instituciones políticas, administrativas, judiciales, sociales y comerciales estaban situadas en ella. Al mismo tiempo era el centro cultural y religioso de la capital y por extensión de toda Grecia.

Cada mañana este espacioso lugar se llenaba de bullicio y actividad, pues en él se establecía el mercado. Allí concurrían todos aquellos que querían comprar o vender algo: campesinos y artesanos locales que ofrecían sus productos; mercaderes de todos los países conocidos que exhibían exóticas mercancías, pregonándolas a gritos en los más variados idiomas; puestos de comidas que llenaban el lugar de deliciosos aromas y tratantes de esclavos que exponían sus existencias en plataformas elevadas.

A todos ellos se sumaban los compradores: criados encargados de la provisión de las cocinas de los ricos ciudadanos; amas de casa, acompañadas de algún sirviente si podían permitírselo así como también ricos ciudadanos que se hacían escoltar por un par de esclavos a fin de protegerles y abrirles paso entre la muchedumbre.

A Zeus le gustaba perderse entre esa multitud y tratar tanto con vendedores como con compradores, eso sí, en el más absoluto incognito.

Disfrutaba enormemente era los charlatanes, capaces de endosar cualquier artículo a los muchos incautos que caían en las redes de su verborrea. Cualquier género, puesto de moda por esos maestros de la oratoria, se extendía rápidamente por toda Atenas. En aquel momento el producto que hacía furor era la pulsera de bisutería que se ponía en el brazo por encima del codo. Todo aquel que quería estar a la última llevaba aquel adorno. Evidentemente Zeus se creía por encima de tanta tontería y, para demostrarlo, no llevaba la pulsera reglamentaria. Él llevaba dos.

Otro asunto al que se entregaba con verdadera pasión era el de charlar con viajeros, provenientes de lejanos países, a los que interrogaba con vehemencia sobre los más variados temas que preocupaban al rey de dioses. Según se decía, los sabios griegos eran los más inteligentes de todo el mundo conocido. Pero ninguno de ellos sabía explicarle, de una manera entendible, por qué quemaba el fuego. O por qué mojaba el agua. Tampoco le daban una respuesta satisfactoria cuando les preguntaba por qué volvía a caer al suelo una piedra que había sido lanzada hacia lo alto. En fin, que tenía muchas preguntas y pocas respuestas.

Por ello buscaba entre esos viajeros cualquier orientación, cualquier guía

que le sirviera para obtener alguna solución a sus inquietudes.

Casi a diario y una vez finalizada la jornada mercantil, acostumbraba a invitar a comer a alguien que le parecía el más adecuado para obtener de él algún consejo al respecto. Hablaba con egipcios, con fenicios, con persas y con otros de los que ignoraba su país de origen.

Más tarde, ya en palacio, Zeus reflexionaba sobre lo que había conseguido durante el día y la conclusión a la que llegaba, cada vez con mayor convicción, era que, después de devorar numerosas comidas y entrevistar a una multitud de comensales, si quería obtener resultados palpables el lugar más apropiado para ello era el país de las Indias. Algunos mercaderes conocían a otros que negociaban con gentes de aquel país y siempre hablaban de los grandes sabios que en él habitaban.

Pero desplazarse a aquellas tierras representaba una serie de problemas. El primero consistía en que aquellas regiones apenas eran conocidas en el mundo griego debido a su excepcional lejanía. Otro problema era que estaba situado fuera de los límites del imperio helénico y por lo tanto, si se decidía a viajar a ellas, no podría utilizar ninguno de sus poderes y tendría que ir como simple mortal. Así mismo tendría que invertir un tiempo considerable para llegar a aquel remoto lugar, contactar con algunos iluminados eruditos, deliberar con ellos y después regresar.

Pero esos pequeños detalles no acobardaban a Zeus. Más bien veía en ellos una magnífica aventura.

Así que empezó a hacer planes para preparar aquel viaje. Lo primero que necesitaba era una descripción, lo más exhaustiva posible, del itinerario necesario para llegar al lejano país. Por lo tanto se imponía una extensa charla con la persona que mejor conocía el tema y este, al parecer de Zeus, era Sule'him de Tiro, un mercader fenicio con el que ya había mantenido varias entrevistas y que conocía a otros mercaderes de su país que comerciaban en la ruta del incienso, llegando hasta Saba, en el sur de las Arabias y a Abysinia, un país de las Áfricas. Una vez allí, aparte de adquirir incienso junto a otros productos locales, también trataban con diversos comerciantes provenientes de diferentes países de las Indias atravesando el mar Erytreo.

Sin más tardanza empezó a disponer el encuentro con Sule'him. Como la conversación se preveía larga y minuciosa enseguida descartó las casas de comidas cercanas al mercado que habitualmente eran el terreno de sus pesquisas, prefiriendo invitar al mercader a un almuerzo de negocios en una de las casas que poseía en Atenas para sus asuntos mundanos, presentándose bajo la personalidad de Andronikos a fin de ocultar su verdadera identidad.

A primera hora de la mañana se dirigió al ágora para convidar al mercader de Tiro y explicarle el motivo de la reunión. Una vez acordada la cita impartió las oportunas instrucciones a criados y sirvientes a fin de que hicieran lo necesario para que todo estuviera impecable. Quería demostrar a Sule'him que estaba tratando con alguien importante.

Cuando el invitado llegó a la casa de Zeus, guiado por uno de los criados de este, quedó gratamente sorprendido. Su inquisitiva mirada evaluaba todos y cada uno de los enseres que adornaban el interior de la morada. Ni tan siquiera el delicioso aroma de cordero asado proveniente de las cocinas le distrajo de su escrutinio.

- ¡Querido Sule'him! ¡Mi casa se honra con la visita de un gran personaje como tú! – Exclamó Zeus con los brazos abiertos dirigiéndose a su huésped.

Aquella entrada puso fin al peritaje de mobiliario y otros útiles pasando a un profundo examen de su anfitrión al que conocía bajo otro aspecto. Siempre que había hablado o comido con él en el mercado ofrecía la apariencia de un vulgar parlanchín como otros muchos que merodeaban por aquel lugar. Sin embargo, ahora tenía delante a una persona que transmitía una rara mezcla de seguridad, autoridad y espontaneidad. Pero sobre todo un aura de sólido patrimonio. Así que, con una ligera reverencia, correspondió al saludo.

- Permittedme que sea yo quien agradezca el honor de ser el invitado de esta muy noble morada.

- Bien, bien. Sentíos como en vuestra propia casa y permíteme que nos tuteemos. Así es más fácil la comunicación y el fluir de las ideas. ¿No te parece?

Parco en palabras Sule'him se limitó a asentir con la cabeza mientras caminaba al lado de Zeus que le había cogido por el codo dirigiéndose hacia una elegante sala donde se habían dispuesto diversas viandas ligeras a modo de entrantes de una comida para dos comensales.

- Tal como te comenté esta mañana estoy interesado en planificar un viaje de negocios hasta el país de las Indias y necesito a alguien como tú para que me oriente en ese proyecto. Pero de eso ya hablaremos más tarde. De momento nos recostaremos en nuestros divanes y disfrutaremos de esta comida que espero sea de tu gusto. He hecho cocinar un cordero tal como creo que se suele hacer en vuestro país.

Nuevamente el mercader fenicio asintió con la cabeza. Pero esta vez acompañó el gesto con unas palabras de gratitud.

- Una vez más agradezco tu generosa hospitalidad y espero ser de ayuda en tu interesante propósito.

Con estas palabras se acomodaron en sus canapés y los criados empezaron a servir diversos platos mientras iban retirando los ya consumidos al mismo tiempo que llenaban las copas a medida que se vaciaban, todo ello en el más absoluto silencio para respetar la conversación de los dos señores.

Estos estaban entregados a una charla ligera, tocando diversos temas de una manera superficial. Zeus, tal como acostumbraba a hacer, hablaba por los codos saltando de un tema a otro con una habilidad magistral. Sule'him, por su parte, apenas pronunciaba dos o tres palabras seguidas, limitándose a asentir o denegar a base de gestos.

Una vez finalizado el ágape a Zeus le pareció correcto plantear a su invitado el motivo de la reunión.

- Mi intención es llegar al lejano país de la Indias y para ello necesito conocer detalladamente el itinerario a seguir: los problemas con los que me puedo encontrar; cuánto tiempo puede durar un viaje como este; que tipos de gentes habitan las tierras por las que tendré que pasar; los animales salvajes peligrosos que me puedo encontrar. En una palabra: preciso disponer de la máxima información acerca de esa posible expedición antes de continuar adelante con los preparativos de la misma. Y creo que tú eres la persona mejor informada acerca de esas tierras. Por ello te ruego que me ayudes en esta misión.

Durante un breve espacio de tiempo, que a Zeus se le hizo eterno, el mercader permaneció en silencio mientras se mesaba pensativo su afilada barba sin apartar su mirada de los ojos del divino. Por fin se decidió a hablar.

- Si no recuerdo mal creo que me comentaste que lo que querías era realizar un viaje de negocios. Tendría que saber a qué tipo de negocios te referías.

- Pues no sé... Cualquier cosa que pueda comprar y vender con beneficio. Esa es otra de las cosas en las que pido tu ayuda.

- Es decir: que no has decidido la mercancía a comerciar.

- Pues no, la verdad. ¿Pero tú eres un comerciante experto, no es cierto? Podrás aconsejarme.

Nuevamente Sule'him hizo otra pequeña pausa volviéndose a acariciar la barbita y escrutando los ojos de su anfitrión.

Capítulo 2

El itinerario

Cuando Zeus empezaba a ponerse nervioso por las, para él, interminables pausas Sule'him empezó a hablar como recitando una lección bien aprendida.

- Una ruta que yo conozco muy bien es la del incienso, la que parte de Tiro, mi ciudad natal, ya que la he hecho varias veces con notable beneficio por la importancia de las mercancías que en ella se manejan. Allí se organizan numerosas caravanas que parten hacia el sur atravesando el país de los nabateos en dirección al puerto de Esyon-Geber. Dependiendo del guía de la caravana pasareis por una u otra de las ciudades de Avdat, Shivta o Mamshit, fortalezas que se encargan de proteger a las caravanas y sus valiosas mercancías. Esta parte del camino, que tiene una duración aproximada de unas dos semanas, se realiza por tierra, cargando todos los bultos a lomos de camellos. Estos animales son extraordinariamente fuertes y frugales, capaces de llevar grandes cargas durante largos recorridos bajo un sol abrasador sin apenas beber agua. La contrapartida es que esos bichos tienen un mal carácter que solo un experto camellero es capaz de controlar.

Es la parte más dura del recorrido ya que prácticamente toda ella discurre por el desierto del Néguev.

De todos modos, al final de casi todas las jornadas, se han dispuesto refugios con suficiente estructura para dar alojamiento a numerosos viajeros y sus camellos. En cada uno de ellos existe una tropa de guerreros que vigilan las mercancías mientras sus dueños descansan y regularmente hacen patrullas de refugio a refugio para disuadir a posibles salteadores.

Una vez llegados a Esyon-Geber hay que embarcar y seguir la travesía por mar. Si vuestra intención es continuar camino hacia las Indias tenéis que buscar un barco que os desembarque en Adén al final del trayecto, ya que es en este puerto donde salen y llegan los barcos que trafican con aquel país.

Este tramo suele durar alrededor de una semana, siempre dependiendo del estado del tiempo y la dirección de los vientos.

Al igual que en el anterior trecho por tierra en este mar también patrullan barcos con soldados que protegen a los viajeros y sus cargamentos. No hace falta decir que toda esta protección tiene su precio, pero créeme, vale la pena pagarlo ya que la alternativa puede ser una

muerte segura a manos de piratas sin escrúpulos.

Zeus escuchaba atentamente las explicaciones de Sule'him y, en su mente soñadora, ya se veía transportado a esas misteriosas y exóticas tierras. Contrariamente a su costumbre permanecía callado escuchando aquel informe.

- En cuanto a las gentes que habitan aquellos parajes los hay de diversas maneras. En Tiro el tipo predominante es el mercader que comercia tanto con los países de levante como con los de poniente. Es un personaje aventurero, incapaz de permanecer mucho tiempo en el mismo lugar: lo imprescindible para saber cómo hacer negocio en aquel sitio.

En las caravanas encontraras mercaderes como el descrito anteriormente que únicamente está interesado en hacer negocios. Después están los guías de la caravana y los camelleros. Estos son tipos duros, acostumbrados a las penalidades del desierto. Lo único que desean es que el viaje dure el menor tiempo posible y que haya el mínimo número de problemas durante la travesía.

Los marineros y estibadores también van a lo suyo. No les importa otra cosa que hacer el viaje lo más rápido posible para conseguir otra nueva carga para el trayecto de vuelta. De todos modos con estos individuos sí que hay que ir con cuidado. Son gente extraña: de las Arabias y de las Áfricas, muy diferentes a nosotros. Por ello tienes que escoger un barco con tripulación de confianza ya que, a pesar de que actualmente apenas se dan casos, a veces llegan noticias de sucesos en los que todo el pasaje ha sido asesinado y lanzado por la borda para robar mercancías y dineros.

- ¿Y cómo puedo yo saber si un barco es seguro o, por el contrario, me van a rebanar el pescuezo? - Preguntó Zeus un tanto alarmado.

- El mejor sistema es preguntar a la gente del puerto si conocen al capitán y marinería de un barco. Si es poco conocido o, sobre todo, desconocido del todo, desconfiad. También hay otra manera y es que una vez en Tiro podéis uniros a una caravana que ya tenga un barco de confianza acordado en Esyon-Geber.

- Muy bien. Perfecto. ¿Y respecto a animales salvajes peligrosos?

- Pues en ese tema existe un poco de peligro pero no mucho. Los únicos animales peligrosos son las serpientes, escorpiones y arañas venenosas. Pero todos ellos huyen al acercarse una caravana.

Naturalmente todo lo que te estoy explicando se refiere a la parte que yo conozco. A partir de Adén solo te puedo hablar por referencias aunque es de suponer que pueden aplicarse más o menos los mismos supuestos:

mercaderes ávidos de negocios y marineros que van a lo suyo, siempre que sean de confianza.

La travesía de Adén a las Indias por el mar Erytreo suele durar un par de semanas y podéis escoger entre la ruta hacia la ciudad de Barygaza, situada en el norte, o la de Muziris en el sur. Hay otros muchos itinerarios con destino a ciudades situadas entre las dos anteriormente mencionadas pero las más importantes son Barygaza y Muziris.

- Es decir que dos semanas para atravesar el Néguev, una semana hasta llegar a Adén y otras dos semanas en el mar Erytreo. Total un mes y medio aproximadamente. Más otro mes y medio para el viaje de regreso. Tres meses en total. A lo que habrá de añadir el tiempo de estancia necesario por paradas técnicas y por exploración de los países de las Indias, además del trayecto de Atenas a Tiro y regreso. ¡Bien! ¡Me va bien!

- Perfecto. Pues ahora solo hace falta decidir con qué tipo de mercancía vas a comerciar, la cantidad de dinero que vas a necesitar y la organización de la expedición en general. – Mientras así hablaba Sule'him volvía a acariciar su barba.

- Nuevamente solicito tu ayuda para todo ese jaleo porque creo que tú podrás dar correcta forma a la estructura de este, para mí, agobiante lio.

- Empecemos, pues, por el principio. Si no tenéis una mercancía que ofrecer creo que lo más aconsejable es comprarla al llegar a Tiro. Allí te pueden aconsejar cual es la que ofrece más margen de beneficio en aquel momento.

- A continuación hay que decidir la cantidad de dinero necesaria para esta empresa. ¿En qué cantidad habías pensado?

- Pues no tengo ni idea. ¿Qué te parecerían cincuenta mil dracmas? ¿Suficientes, escasas, correctas?

- Creo que es una buena suma. – Opinó Sule'him sin dejar traslucir la conmoción que aquella cifra le había provocado. - Y tanto para el asunto de la mercancía como para el de ese dinero creo que tengo una solución que os va a agradar: en Tiro, mi familia se dedica a los negocios, como no podía ser de otra manera. Uno de ellos es organizar caravanas de mercaderes. Otro es el de vender a estos negociantes productos que puedan dar un buen beneficio. Y por último ofrecen un servicio muy útil para los viajeros: consiste en que, por ejemplo en tu caso, me hagas depositario de la cantidad antes mencionada y haces el trayecto con una modesta cantidad de dinero, lo justo para los gastos del viaje. Yo te redacto un documento dirigido a, pongamos por caso, mi primo Ib-Hyrum, en el que le explico tus necesidades. Entonces él se encarga de buscarte

una buena mercancía, incorporarte a una buena caravana que tenga como destino Adén. Al mismo tiempo él te hará entrega de la cantidad que me hayas depositado, naturalmente descontando la comisión por el servicio.

- ¿Y que gano yo con ello? Creo que, por el contrario, pierdo tontamente el importe de la comisión que mencionas. ¿No es así?

- Pero el caso es que este servicio te cubre los riesgos de atracos o pérdidas por descuido. Si no llevas el dinero encima no te lo pueden robar ni puedes dejártelo olvidado en cualquier sitio.

- ¡Ah! Mirado así es otra cosa. ¿Y cuál suele ser esa comisión?

- Lo normal en esos casos. Podría oscilar entre el diez o doce por ciento hasta el veinticinco. Pero si decides contratar este servicio intercederé ante mi primo para asegurarte el porcentaje más bajo posible.

- ¡Estupendo! ¡Cada vez lo veo más claro! ¡Y todo gracias a ti! No me equivoqué al pedir tu consejo.

- Pues entonces, si tú quieres, al llegar a mi casa puedo ponerme a redactar un documento dirigido a Ib-Hyrum en el que le pongo al corriente de vuestro asunto especificando todas tus necesidades y detallando la entrega de la suma anteriormente decidida. Así tú solo tendrás que preocuparte de buscar un barco de los muchos que hacen la ruta hasta Tiro y embarcarte con un ligero equipaje. También te desaconsejo totalmente el que te hagas acompañar por criados o esclavos: sobre todo en el desierto son un incordio ya que no están preparados para ese tipo de lugares y no hacen más que quejarse sin ser útiles para nada.

Mientras decía esto el de Tiro sonreía de tal manera que los rasgos afilados de su rostro todavía tomaban un aspecto más rapaz.

Por su parte Zeus estaba encantado. En poco rato se habían solucionado todas las farragosas tareas de organizar la expedición y además, durante el trascurso de esta, tendría ayuda experimentada.

Capítulo 3

En Tiro

Tal como había convenido con Sule'him, Zeus había reservado pasaje hacia Tiro y ya faltaba poco para acabar la travesía. Viajaba solo, con un modesto equipaje consistente en unas pocas mudas de ropa y poca cosa más. En su zurrón de piel de cabra, llevaba lo importante: algunos alimentos (por si acaso), una pequeña cantidad de dinero y el papiro que Sule'him había redactado para su primo Ib-Hyrum.

Evidentemente había intentado leer lo que en tal documento se especificaba pero no pudo sacar nada en claro: aquellos signos eran totalmente ilegibles para él. Algunas veces, durante el trascurso del viaje y en las largas horas de contemplación del monótono oleaje, Zeus se preguntaba si aquel Sule'him era de fiar. Le había confiado una respetable suma de dinero así por las buenas. El hecho de fiarse de aquel sujeto no se debía a ningún proceso lógico. Podría ser muy bien que su primo, en Tiro, ni siquiera existiera. En ese caso adiós viaje, adiós dinero y vuelta para casa. ¡Con lo que había tenido que pedir y suplicar a Hera para que aceptara su aventura espiritual!

Pero esos malos pensamientos enseguida se disipaban desplazados por otros en los que abundaban buenos banquetes, hermosas mujeres, excitantes peleas y, sobre todo, sabias enseñanzas.

Cuando el barco atracó en el muelle del puerto de Tiro y el pasaje bajó a tierra, Zeus quedó momentáneamente aturdido. Conocía otros puertos, el más grande de todos Falero. Pero este parecía mucho mayor. No esperaba tal cantidad de gente yendo de un sitio a otro, con cargas sobre sus espaldas o sin ellas. A su vez todo el mundo parecía tener la necesidad de gritar a pleno pulmón.

Para intentar centrarse tomó asiento sobre un fardo que vio en un rincón. Allí depositó el equipaje a sus pies y empezó a tratar de orientarse en aquel maremágnum. En ese momento se le acercó un joven harapiento diciéndole algo incomprensible. Hacía gestos de coger el equipaje y Zeus pensó que sería un porteador y que seguramente podría llevarle en presencia de Ib-Hyrum. Así que sacó el papiro de su zurrón y le mostro al muchacho los signos que figuraban en el estuche donde iba guardado y que Sule'him le había dicho que era el nombre de su primo. El pillo miró estúpidamente aquellos caracteres, miró a Zeus y cogió el equipaje echando a correr a toda velocidad. Sin poder salir de su estupor vio desaparecer al granuja y su equipaje. No sabiendo cómo reaccionar volvió a depositar el papiro en su zurrón mientras tomaba de nuevo asiento.

¡Le habían robado! ¡A él! ¡A Zeus! ¡Y nada más poner los pies en Tiro! Nuevamente volvieron a su mente las sospechas respecto al agradable panorama descrito por Sule'him. Al parecer se había olvidado de prevenirle contra sinvergüenzas como el que le había robado el equipaje. Y echando un vistazo a su alrededor no le sorprendería que sujetos de esa calaña abundaran como pulgas en un perro famélico. El estupor inicial se iba transformando en una cólera que hizo que el divino reaccionara al fin. Decididamente se incorporó y empezó a buscar a alguien o algo que pudiera ayudarlo. Con el zurrón bien cogido bajo su brazo empezó a deambular entre aquella ordinaria multitud. Sin conocer el idioma le resultaba imposible entender nada de lo que oía y menos aún comunicarse con cualquiera de aquellos ignorantes.

Cuando ya empezaba a desesperar vio a un sujeto ricamente vestido y escoltado por cuatro fornidos soldados que llevaban unas enormes cachiporras en su mano izquierda y espadas en el cinto. Sin dudar un instante se dirigió hacia ellos, ya que parecían ser las únicas personas dignas de confianza. Al verle acercarse los dos soldados situados delante del opulento sujeto cerraron filas para proteger a su señor y se llevaron la mano derecha a la empuñadura de sus espadas. Zeus sacó el papiro de su zurrón alzándolo por encima de su cabeza mientras se inclinaba servilmente y pedía auxilio.

- ¡Por favor! ¡Ayudadme! ¡Busco a Ib-Hyrum!

El opulento personaje dio unas órdenes y los soldados cogieron a Zeus por los brazos, inmovilizándolo, al mismo tiempo que uno de ellos tomaba el papiro y se lo alcanzaba a su jefe. Este leyó los caracteres del estuche y se dirigió a Zeus en un horrible griego

- ¡Ib-Hyrum! Tú ven. Ir a Ib-Hyrum.

Nuevas órdenes a los soldados y estos colocaron a Zeus al lado del personaje mientras reanudaban la marcha. Enormemente agradecido Zeus se deshacía en palabras de gratitud que el ilustre sujeto parecía ignorar, seguramente por desconocimiento del idioma griego y por su forzado pose de suntuosa nobleza.

Así pues, la solemne comitiva siguió su camino en silencio, recorriendo una serie de calles sucias y estrechas llenas de mendigos, borrachos, prostitutas y otros sujetos de sospechoso aspecto... Zeus no salía de su asombro. ¿Esta era la famosa ciudad de Tiro? ¿El gran centro comercial entre oriente y occidente? A cada nueva faceta que descubría de esa ciudad su ánimo decaía un poco más.

Pero a medida que se alejaban del puerto las calles empezaron a tener un aspecto más amplio y limpio, la gente que transitaba por ellas ofrecía un porte más civilizado y las casas eran cada vez más majestuosas. En un

momento dado se dirigieron a una de ellas y, siguiendo las instrucciones del jefe, uno de los soldados llamó a la puerta. Al aparecer un individuo le entregó el papiro de Zeus y mantuvo una breve charla con él. El presumible propietario de la mansión se acercó al opulento sujeto que mandaba la comitiva e inclinándose servilmente varias veces pareció darle las gracias por algo. Sin apenas responder nada, el cabecilla dio instrucciones y nuevamente este y sus cuatro soldados se pusieron en marcha.

Mientras tanto Zeus no salía de su asombro. El tipo que había salido de la casa era una copia exacta de Sule'him: ojillos pequeños y negros de mirada huidiza; nariz aguileña; barbilla puntiaguda sin bigote y la misma estatura y complexión. Fue entonces cuando se le dirigió en un perfecto griego al tiempo que abría el papiro.

- Veo que venís de Atenas de parte de mi primo Sule'him. Permitidme que me presente. Soy Ib-Hyrum y me gustaría que hicierais el honor de aceptar mi hospitalidad.

Dicho esto señaló la puerta por la que había aparecido al tiempo que se inclinaba sumisamente. Zeus, satisfecho al ver que todo parecía volver a la normalidad, aceptó la invitación y entró en la residencia accediendo a una amplia sala que comunicaba con un patio interior. Ib-Hyrum le condujo hasta aquél agradable espacio y tomaron asiento junto a una pequeña fuente que refrescaba el ambiente.

- Según me ha explicado brevemente el soldado de la escolta del Gran Sacerdote, pues ese ha sido vuestro protector, habéis tenido problemas en el puerto ya que al parecer pedíais ayuda a gritos. ¿Seríais tan amable de explicarme lo sucedido?

Zeus, después de dar las gracias a su anfitrión por tan cálida acogida, pasó a relatarle los sucesos acaecidos pocos momentos antes pero que ya parecían tan lejanos.

El fenicio escuchaba atento asintiendo alguna vez y, al finalizar la exposición de los hechos, sonrió ligeramente y replicó con jovialidad.

- Esos incidentes son, por desgracia, bastante habituales en la zona del puerto. Sobre todo con extranjeros como vos. Pero si lo que llevabais en el equipaje robado era principalmente mudas de ropa y sandalias no tenéis que preocuparos: ino habéis perdido nada! Pasearse por según que barrios de Tiro con ropas al estilo griego es la garantía de veros atracado. Y decidme: ¿A qué se debe la recomendación de mi primo?

Zeus explicó su intención de hacer la ruta del incienso y después llegar hasta las Indias. Al igual que a Sule'him no explicó a Ib-Hyrum el verdadero motivo de su viaje ya que la búsqueda de respuestas para

dudas metafísicas no creía que estuvieran contempladas en las mentes de aquellos implacables mercaderes.

- Pues habéis llegado en el momento oportuno. Se está formando una caravana que, en tres o cuatro días a lo sumo, partirá en dirección a Esyon-Geber. No creo que tenga problemas en agregaros a la misma. ¡Pero no hablemos ahora de eso! Seguramente estaréis fatigado por el viaje realizado y por el robo sufrido. Creo que lo que necesitáis es una succulenta cena y un buen descanso. Permitidme pues, ofreceros mi humilde casa como alojamiento mientras acabamos de concretar los detalles de vuestra expedición.

Zeus agradeció efusivamente aquel ofrecimiento y emocionado ante la perspectiva de un banquete decente, del que no había podido disfrutar a bordo del barco que le trajo desde Atenas, siguió al criado encargado de mostrarle sus estancias.

Como pudo le hizo entender al sirviente que antes de comer tenía que darse un baño inaplazable. El avisado mozo comprendió la petición de inmediato y le condujo a una gran sala cuyo espacio central estaba ocupado por una piscina de aguas cristalinas. Alrededor de esta diversos bancos parecían estar destinados a descansar sentado o acostarse en ellos para recibir un masaje.

El criado le hizo un gesto señalando la piscina y salió de la sala. Sin dudarlo un momento Zeus se despojó de sus ropas y se zambulló en aquellas deliciosas aguas. Durante un rato estuvo dando perezosas brazadas hasta que vio al espabilado sirviente que regresaba acompañado de una fornida matrona que iba cargada con varios tarros del estilo utilizado para guardar aceites aromáticos.

Suponiendo acertadamente, como comprobó después, que era el momento de recibir unas buenas friegas, salió del estanque y se tumbó en uno de los bancos.

La robusta masajista, sin decir palabra, se entregó a su faena con ardorosa furia y en poco rato todos los músculos y nervios del divino estuvieron totalmente relajados.

Bien, todos no. Al obedecer los gestos de la mujer para darse la vuelta y tumbarse de espaldas su notable erección se hizo evidente. Sin ningún tipo de problemas la individuo se abalanzó sobre aquel pene enhiesto y empezó a sobarlo y a mamarlo hasta que todo culminó en una soberbia efusión.

Entretanto, el solícito criado había retirado las usadas ropas griegas sustituyéndolas por otras limpias, de estilo fenicio, que al acabar, la

masajista le ayudó a vestir.

Más tarde, después de una buena cena, ya en su lecho y medio adormilado, Zeus recordaba en su duermevela los ojazos de la maciza matrona: sin saber por qué le recordaban el mostrador de una carnicería.

Capítulo 4

Los preparativos

Al día siguiente Zeus despertó totalmente eufórico y se dirigió al comedor donde ya estaba Ib-Hyrum.

- Muy buenos días tengáis amyr Andronikos. ¿Habéis descansado bien? ¿Está todo a vuestro gusto?

- ¡Sí! ¡Sí! Todo perfecto. Os felicito por vuestra hermosa vivienda.

- ¡Oh! Muchas gracias. No es más que la humilde residencia de este pobre mercader. – Y, haciendo una pausa exacta a las que tan aficionado era Sule'him, Ib-Hyrum continuó – ¿Os va bien hablar de los detalles de vuestro proyecto?

- ¡Por supuesto! ¡Estoy impaciente por emprender la travesía!

- Según explica mi primo en el pergamino que me entregasteis en su nombre tenéis la intención de hacer la ruta del incienso y, posteriormente, llegar hasta la India. – Zeus asintió con un movimiento de cabeza – Bien, esto ya lo hablamos ayer. A continuación me comenta que no sabéis que tipo de mercancía será la más adecuada para negociar. – Zeus asintió de nuevo – Y por último, y quizá lo más importante de todo, es que habéis hecho el depósito de una suma bastante importante que yo debo reembolsaros.

En ese momento Zeus asintió nuevamente al mismo tiempo que una gran sonrisa adornaba su semblante: al parecer su dinero iba a serle devuelto.

- Supongo que Sule'him os informó de que este tipo de operaciones conllevan unas comisiones por el tipo de servicio que ofrecen.

- Sí, sí. Ya me lo comentó al mismo tiempo que me aseguró que haríais todo lo posible para que esa comisión fuera la más baja posible.

- ¡Por supuesto amyr Andronikos! Teniendo este punto aclarado pasemos al tema siguiente: la mercancía.

Hoy en día no hay casi nada seguro en el mundo de los negocios, pero creo que tengo para vos el producto idóneo para obtener un buen beneficio y si os dignáis acompañarme al acabar este desayuno os lo mostraré.

Zeus asintió impaciente y un momento después se apresuró a seguir a su asesor que se dirigió a un gran almacén anejo a la casa y en el que

trabajaban varios operarios. Estos se dedicaban a empaquetar unas plantas secas que desprendían un peculiar aroma.

- Esto es almáciga, una planta con múltiples propiedades: se usa para curar diarreas; para tratar enfermedades venéreas, como la gonorrea o la leucorrea; es un buen anestésico para los dolores de muelas; ayuda en el tratamiento de catarros pulmonares; se utiliza en casos de gota o de reumatismo... y otras muchas cualidades. Yo creo que con una buena carga de este artículo no podéis fallar. - Zeus volvía a asentir entusiasmado. - Y si me acompañáis os enseñaré el complemento ideal para su transporte.

Atravesando la zona de empaquetado se dirigieron a un lateral del local donde, en unas enormes cuadras, gruñían unos extraños animales. Ib-Hyrum se dirigió hacia un grupo de tres de estas bestias al cuidado de un pintoresco individuo.

- Este es Kaptah, un esclavo egipcio encargado de estos tres hermosos y fuertes camellos.

El cuadro que ofrecían aquel esclavo y sus tres animales impactó en el espíritu de Zeus. Si las bestias tenían un aspecto de lo más sucio y decrepito el tal Kaptah no se quedaba atrás: vestido con harapos; mugriento de pies a cabeza y, además, viejo, cojo y tuerto.

Ib-Hyrum preparado para contratacar al menor síntoma de alarma empezó a cantar las alabanzas del lote.

- Amyr Andronikos. No os dejéis llevar por la primera impresión del conjunto. Os aseguro que esos nobles animales llevarán vuestra carga sin daros ningún problema. En cuanto a Kaptah es uno de los mejores camelleros de Tiro y, asimismo, tiene un extraño don que le permite hablar multitud de lenguas, por lo que os será muy útil para haceros entender por donde quiera que vayáis.

- Bueno. Siendo así, la cosa cambia. Pero al menos él tendrá que lavarse a fondo. ¡No puede ir por ahí con toda esa roña!

- Al oír esas palabras Kaptah empezó a temblar ostensiblemente.

- Veréis. - Explicó paciente Ib-Hyrum. - Un camellero no puede lavarse nunca ya que el camello es un bicho muy temperamental y no obedece a nadie que no sea su cuidador. Y a su cuidador lo identifican por su olor corporal. Así que un camellero limpio pierde toda su autoridad. - Al observar que Zeus no acababa de quedar convencido con la explicación Ib-Hyrum le asió del codo y le llevó fuera de la factoría mientras le acababa de proponer su plan de acción. - La carga ha de ser transportada a lomos de camellos: no hay otro animal capaz de soportar la dureza del

desierto. La contrapartida es que ellos no admiten otra autoridad que la de su cuidador. ¡Y Kaptah es un excelente camellero! – Zeus, poco a poco, se iba convenciendo y resignando con las palabras de Ib-Hyrum. Y este siguió. – Me acaban de confirmar que la caravana ya está prácticamente preparada y que a lo sumo en dos días se pondrá en marcha. Tenéis sitio en ella si estáis conforme con la mercancía, los camellos y el camellero.

- ¡Oh! ¡Sí! ¡Me parece todo muy bien! Ya habréis observado que soy novato en estos temas y os agradezco enormemente la ayuda y dedicación que me estáis dispensando.

- Es un placer para mí. – Manifestó Ib-Hyrum acompañando sus palabras con una servil reverencia. - Y ahora, si os va bien, me gustaría mostraros los preparativos de la caravana.

Zeus asintió encantado y de esa manera se dirigieron a las afueras de la ciudad donde desde una pequeña elevación se podía contemplar una enorme explanada en la que una ingente cantidad de personas, camellos, tiendas de campaña, bultos de todos los tamaños y fuegos de hogueras llenaban el espacio hasta donde se perdía la vista.

El divino griego se quedó boquiabierto al contemplar aquel espectáculo.

- Estos son vuestros compañeros de viaje. – Anunció el fenicio mientras abría ambos brazos como queriendo abarcar toda aquella multitud. - Y para convivir con ellos nadie más apropiado para vos que la ayuda de Kaptah. Él ha hecho innumerables veces esta ruta y conoce todos sus detalles, así como la práctica totalidad de lenguas habladas en los países por los que discurre. Yo os aconsejo que a partir de ahora le hagáis vuestro esclavo particular y que os acompañe a todos lados. Os aconsejará en las cosas que debéis llevar, las compras que debéis hacer y las personas y sitios que debéis visitar antes de partir.

A continuación se dirigieron hacia la aglomeración ya que Ib-Hyrum le quería presentar algunos mercaderes de otras ciudades que acampaban en espera de la partida. De esa manera estuvieron visitando unas cuantas lujosas tiendas de campaña, que allí llamaban jaimas. En cada una de ellas Ib-Hyrum ponía en contacto a su propietario con Zeus.

- No creo que recuerde ningún nombre de las personas a las que me habéis presentado. – Manifestó Zeus mientras regresaban a casa de Ib-Hyrum para la comida del medio día.

- No os preocupéis por ello. En este tema Kaptah también os resultará útil: él conoce, incluso mejor que yo, a todos esos sujetos.

- ¡Vaya! Pues parece que el tal Kaptah sirve para todo. Esta tarde me lo

llevaré como guía para conocer esta ciudad.

- ¡Magnífica idea! Ya veréis como apreciareis sus cualidades.

Por la tarde, después de la comida y de una reparadora siesta, Zeus se dirigió a las cuadras en busca de Kaptah y le explicó lo que quería de él. Este aceptó encantado y empezó a soltar una inacabable cháchara mientras se entregaba a una especie de patosa danza.

- ¡Oh sí, grande señor! ¡Yo enseñar a tú toda ciudad bonita! ¡Ver gran templo! ¡Y jardines bonitos! ¡Y todo...!

Y así lo hicieron visitando la parte más hermosa de Tiro. En primer lugar se dirigieron, a través de unos espectaculares jardines, a los templos de Melqart y Astarté construidos mucho tiempo atrás por el fabuloso rey Hiram I en honor de los principales dioses fenicios. A continuación, y a instancias de Zeus, se dirigieron a las factorías en las que se elaboraba el codiciado tinte púrpura. Sin embargo no pudieron llegar a ellas ya que el insoportable hedor, que se hacía más fuerte a medida que se aproximaban, desalentó hasta el mismo Kaptah.

Por último, y para reponer fuerzas, decidieron visitar una casa de vinos en la que compartieron una jarra, unos pequeños pescados fritos en aceite de oliva y unos chismes, por parte de Kaptah, cada vez más mordaces a medida que este vaciaba vaso tras otro.

Kaptah resultó un guía aceptable siempre y cuando uno se mantuviera a una distancia prudencial. Cuando ya se retiraban a casa del fenicio para el baño (evidentemente solo para Zeus) y la cena, acordaron que al día siguiente visitarían el mercado para proveerse de todo lo necesario para el viaje.

Ya en la piscina Zeus repasaba los acontecimientos del día y se sentía exultante al pensar que dentro de muy poco iniciaría su aventura. También se preguntaba si aquel baño acabaría de la misma manera que la noche anterior y sonrió complacido cuando vio entrar a la robusta moza cargada con sus tarros.

Capítulo 5

El mercado de Tiro

Cuando todavía a las luces del amanecer les faltaba un buen rato para iluminar la ciudad, Zeus, impaciente, fue a por Kaptah y juntos se dirigieron al mercado. El divino quería visitar el zoco tal como era su costumbre en Atenas. En primer lugar mandó a Kaptah que buscara un buen sitio para desayunar. El esclavo pidió al tabernero lo que creía que sería del agrado de su amo, pero cuando este dio el primer bocado casi se atraganta.

- ¡Pero esto que es! ¡Quema como el fuego! ¡Es que quieres matarme!
¡Pásame el vino! ¡Rápido!

- ¡Mi amo, tú perdona! ¡Yo pido buena comida para ti!

- La verdad es que no está tan mal. Es más: está delicioso. ¡Pero pica como una hoguera!

Más tarde, con el estómago lleno y caliente, Zeus y Kaptah empezaron a deambular por aquel bazar abarrotado de gente, de colores, de aromas, de bullicio. Lo que más sorprendió a Zeus fueron los innumerables puestos de venta de especias. Enormes sacos de sustancias marrones, rojas, verdes, amarillas y de todos los colores saturaban el ambiente de fragancias, la mayoría para él desconocidas. Kaptah trataba de traducir al griego el nombre de aquellos productos pero la mayoría de las veces no lo conseguía.

Por consejo de Kaptah fueron a buscar los puestos de ropa para adquirir unas túnicas largas hasta los tobillos, un par de capas con mangas y capucha, que ellos llamaban albornoz, y unos pañuelos grandes llamados kufiyya, que muchos hombres llevaban sujeto a la cabeza por una especie de corona de tela llamada agal, destinados a proteger del calor y de la arena levantada por el viento. A continuación visitaron las paradas de venta de botas altas, necesarias para evitar posibles picaduras de serpientes, tarántulas o escorpiones. Así mismo se proveyeron de voluminosas calabazas secas y vaciadas para transportar agua en recipientes ligeros. Para acabar se dieron una vuelta por los artesanos que ofrecían armas. Allí se hicieron de una pesada espada para cada uno, de las llamadas alfanjes, y un puñal o daga, también para cada uno, con todos sus complementos.

En todas estas operaciones Zeus empezó a comprender la valía de su camellero tanto en el consejo para adquirir lo necesario así como en la manera que debía estar hecho. Además, su maestría para el regateo no tenía rival ya que con sus ruegos, amenazas, lloros y algún que otro

aullido, conseguía rebajar el precio inicial que pedían los vendedores hasta cantidades ínfimas.

Cuando ya abandonaban el mercado atravesaron una zona en la que varios sujetos, de lo más pintoresco, parecían predicar a los cándidos oyentes que les prestaban atención. Estaban subidos en diversos objetos para destacar sobre la concurrencia y casi todos ellos ofrecían una mirada enfebrecida. Picado por la curiosidad Zeus preguntó a Kaptah que eran aquellos individuos y que era lo que hacían.

- Ellos ser profetas. Ellos enseñar muchas cosas para poder entender a su dios.

- ¿Y todos predicán el mismo dios?

- ¡No, mi amo! ¡Todos dioses distintos!

Intentando digerir ese último absurdo, de esa contradictoria ciudad, Zeus abandonó el zoco confuso, pero a la vez satisfecho con todo lo adquirido. Se dirigieron a casa de Ib-Hyrum. El divino pensando en la comida del mediodía mientras el esclavo llevaba a las cuabras las compras que debían ser empaquetadas para añadirlas a los fardos de almáciga.

Después de la suculenta comida Zeus se dirigió al patio donde tomó asiento junto a la pequeña fuente en el mismo lugar donde se sentó la primera vez que entró en aquella casa. Arrullado por el suave susurro del surtidor se adormiló apaciblemente hasta que, pasado lo que a él le pareció un breve instante pero que en realidad duró casi media tarde, apareció Ib-Hyrum con varios papiros en sus manos.

- Muy buenas tardes amyr Andronikos. ¿Habéis tenido un buen día? ¡Magnífico! ¡Y estoy muy satisfecho con Kaptah! ¡Tiene virtudes ocultas!

- Y más que descubriréis en adelante. Bien. Os tengo que comunicar buenas noticias: la caravana saldrá antes del amanecer de mañana. Así que esta noche, después de cenar, deberéis ocupar vuestro sitio en ella. No os preocupéis. Kaptah sabe de sobras como funciona ese trámite. Él os guiará en todo momento.

Zeus acogió con alborozo aquellas novedades. ¡Por fin se iniciaba aquella aventura!

- Antes de partir sería conveniente pasar cuentas para dejarlo todo aclarado. ¿No os parece amyr Andronikos?

- Sí. Claro. Decidme pues como está el balance.

- Bien. En primer lugar tenemos que en Atenas hicisteis un depósito en la persona de mi primo Sule'him de cincuenta mil dracmas. – Zeus asintió vigorosamente. – De esa cantidad habrá que descontar el importe de la comisión del trece por cien, que es la más baja que he podido conseguir. Quedarán entonces cuarenta y tres mil quinientas dracmas.

A continuación tenemos los derechos de presencia en la caravana y en el barco hasta Adén, que ascienden a dos mil dracmas.

La almáciga: nueve fardos, a quinientos dracmas cada uno, hacen cuatro mil quinientas dracmas. Los camellos a mil dracmas cada uno hacen tres mil dracmas. El esclavo Kaptah os lo dejó por cuatro mil dracmas, un precio bajísimo para lo mucho que vale.

Zeus estaba cada vez más estupefacto. No es que le importara demasiado el dinero, pero aquellas cantidades le parecían exorbitadas. De todas maneras Ib-Hyrum parecía que todavía no había acabado.

- A continuación hay el uso de una estancia por dos noches, es decir cuatrocientas cincuenta cada una hacen novecientas dracmas. Tres baños, contando el que tomareis esta noche, a doscientas cincuenta dracmas hacen un total de setecientas cincuenta. Lo mismo se aplica al masaje posterior al baño. – Aquí Ib-Hyrum hizo un guiño cómplice a Zeus. – Tres masajes a doscientas cincuenta dracmas suman un total de setecientas cincuenta dracmas. Igualmente hay que sumar tres cenas, contando con la de esta noche, a trescientas dracmas totalizan novecientas dracmas. Siguen dos comidas, a quinientas dracmas cada una, o sea, mil dracmas. Y para acabar dos desayunos, a cien dracmas cada uno, que serán doscientas dracmas. Ya sé que uno de estos desayunos no lo tomasteis, pero mi cocinero lo preparó y comprenderéis que debo cobrarlo, ¿no? ¡Ah! Acordaos que el primer día que llegasteis se os proporcionó ropa en sustitución de la vuestra. Bueno, pero eso solo serán cincuenta dracmas.

Zeus ya no cabía en sí de estupor. ¡Aquí cobraban hasta por respirar! ¡Y eso que venía tan bien recomendado!

- Así pues el total debido asciende a dieciocho mil cincuenta dracmas, que descontado de las cuarenta y tres mil quinientas dracmas os queda un total de veinticinco mil cuatrocientas cincuenta dracmas.

Zeus no sabía que decir. Después de aquel torrente de cifras no le quedó más que asentir y dar la conformidad.

- Un pequeño detalle más. El viaje hasta Adén es largo y no exento de peligros, así que os recomiendo que llevéis encima la mínima cantidad de dinero posible. Si os parece redactaré un documento similar al confeccionado por mi primo Sule'him para entregar a mi cuñado Kasîb-al-

Khâlid en Adén dándole a conocer la cantidad que me dejáis en depósito.

Con la cabeza un poco cargada, Zeus aceptó todo lo que Ib-Hyrum le propuso ya que solo quería relajarse en la piscina, recibir un buen masaje y cenar antes de incorporarse, ¡por fin!, a la caravana.

Capítulo 6

La caravana

Poco después de medianoche, habiéndose despedido de Ib-Hyrum, Zeus, acompañado por Kaptah y sus camellos debidamente cargados, se dirigió al lugar donde la caravana se estaba organizando para la inminente partida. Vestidos los dos con sus largas túnicas, ceñidas estas por el cinto que sostenía el alfanje y la daga, calzados con las altas botas y tocados por el kufiyya sostenido por el agal ofrecían el aspecto de consumados viajeros.

Kaptah saludaba a diestro y siniestro. A Zeus le parecía que conocía a todo el mundo. Y así debía de ser ya que para todos tenía una palabra que despertaba alegres carcajadas. Al llegar a un determinado hueco entre aquella multitud Kaptah comunicó a Zeus que aquel era su sitio.

- Ahora esperar a agá o alguno de sus ayudantes para decir que ya somos aquí.

- ¿Y quién es ese tal agá?

- Ser jefe de caravana. Ser el agá. Él manda porque es sabio y conocer desierto como su casa.

No tardó mucho el tal agá en aparecer montado en un rápido animal muy parecido a los camellos, pero de patas ligeramente más finas y largas.

Intercambió unas palabras con Kaptah, saludó con un gesto a Zeus y desapareció tan rápido como había llegado.

Agá muy ocupado con partida. Ser momento muy trabajoso pero él decir que todo va muy bien y que eres bienvenido a caravana.

- Muy bien pues. ¿Y qué clase de animal montaba? No era un camello aunque se le parecía mucho.

- Veo que tú fijar bien en detalles. Tú empezar a comprender cosas. Ser un meharée, animal muy rápido aunque no tan bueno en llevar cargas.

A medida que pasaba el tiempo Zeus descubría más detalles de aquel aparente desorden a la luz de las hogueras y antorchas que iluminaban el lugar. El nerviosismo de los camellos era evidente y los camelleros apenas podían calmarlos. Para intentar conseguirlo entonaban unos cantos relajantes que, según le informó Kaptah, eran los cantos de las estrellas y tenían una doble finalidad: por una parte tranquilizar a los animales y por otra rogar a los dioses para que el agá supiera leer correctamente las

estrellas y la caravana llegara a su destino sin extraviarse.

Por fin les tocó a ellos ponerse en marcha casi al final de la larga comitiva. Habían sido de los últimos en solicitar su incorporación y por lo tanto ese era su lugar.

Kaptah comentó a Zeus que si le proporcionaba unas pocas monedas procuraría cambiar su sitio por otro más cerca de la cabecera de la columna. Los que viajaban en los lugares de cola eran los que tenían que tragarse el polvo que levantaban los pies y pezuñas de los que estaban delante.

Dejaron atrás las hogueras y poco a poco las antorchas se fueron apagando. Caminaban iluminados por las estrellas, que cuajaban el cielo, y por una luna creciente que ofrecía una luz fascinadora.

Poco a poco el levante empezó a ganar en resplandor hasta que el sol hizo su aparición. La comitiva avanzaba por un camino, que a menudo bordeaba el mar, en dirección a la ciudad de Acre, la que sería el final de la primera etapa. La caminata era un agradable paseo y Zeus estaba eufórico. A ratos charlaba con Kaptah y cada vez le caía mejor aquel individuo con su peculiar modo de ver la vida: era quizá la persona más práctica que había conocido en toda su existencia.

Llegaron a Acre a media tarde para acampar en una explanada en las afueras de la ciudad y destinada a ese uso. Aquella era una etapa corta, que servía al agá para ajustar posibles defectos y empezar a conocer a los integrantes de la expedición.

Mientras Kaptah descargaba y atendía a los camellos Zeus observaba atentamente todas aquellas operaciones. Realmente aquellos bichos tenían un carácter de lo más desagradable.

Estaba absorto en esa contemplación cuando uno de los ayudantes del agá llegó cabalgando velozmente a lomos de su meharée e inició una charla con Kaptah. De vez en cuando el ayudante señalaba a Zeus y Kaptah asentía. Después de una breve conversación el ayudante partió de nuevo velozmente y Kaptah se acercó a Zeus.

- ¡Mi señor! ¡El agá invita a vos para una cena esta noche en la ciudad! ¡Gran honor para mi señor! Si mi señor desea ir yo voy a decir sí a gran agá.

- ¡Por supuesto que acepto! ¡Rápido, tráeme algo de agua para lavarme y prepárame una túnica limpia!

Cumplidas estas órdenes, el esclavo partió con una renqueante carrera para aceptar la invitación en nombre de su señor Andronikos y cuando

este ya consideró que estaba presentable se dirigieron los dos al lugar de la cita.

En la puerta del local un criado elegantemente vestido saludó a Zeus al mismo tiempo que le acompañaba al interior. Kaptah se quedó junto a otros esclavos y sirvientes que habían acompañado a sus amos y que habían encendido una hoguera en un lugar algo apartado a fin de cocinar algo para cenar.

El elegante criado señaló a Zeus un sitio para acomodarse al lado mismo del agá. Este saludó efusivamente al recién llegado, en un griego más que aceptable y le presentó a unos cuantos de los invitados. Había algunos griegos, dos o tres romanos y hasta algún egipcio. La cena transcurría apaciblemente amenizada por un grupo de músicos que interpretaban suaves y hermosas melodías con compases cada vez más elaborados.

Cuando la música alcanzó un ritmo algo más acelerado y a la vez hipnotico aparecieron unas bailarinas que arrancaron entusiastas aplausos entre los asistentes. La danza era seductora, sobre todo por los insinuantes movimientos de las muchachas, que a medida que avanzaba el baile iban desprendiendo velos de su atuendo descubriendo, poco a poco, partes cada vez más interesantes y abundantes de su anatomía.

Si quieres, por solo doscientas dracmas, puedes escoger la joven que tú desees. - La proposición del agá cogió de sorpresa a Zeus que estaba totalmente absorto en la exhibición. Sin pensárselo dos veces buscó las monedas en la bolsa de cuero que llevaba colgada del cuello y le pagó al agá y, aprovechando un momento de ritmo suave, se levantó, cogió de la mano a una danzarina de generosos pechos, rotundas caderas y prometedor trasero y se dejó guiar por ella hacia una puerta en el lateral de la sala oculta por unas cortinas.

Cuando al día siguiente Kaptah fue a despertar al divino tuvo graves problemas para hacerle volver a la realidad. Al parecer la noche de su señor había sido bastante movida. Pero la caravana tenía que partir y no esperaba a nadie, así que Kaptah se empleó a fondo y pronto Zeus estaba caminando, medio dormido, agarrado a la cola de uno de los camellos.

El sol, que ya empezaba a brillar en el cielo, despertó del todo a Zeus. Este, tomando un bocado sin dejar de caminar, pidió a Kaptah que le informara de cuál era el itinerario previsto para aquella jornada.

- Ahora ir dirección a país de nabateos. Buena gente pero mal terreno. Gran desierto. Y hasta Mamshit no ver ninguna ciudad.

- ¿Y dónde pasaremos las noches?

- En caravasar si encontrar. Si no encontrar nosotros acampar. Igual que nabateos. Ellos nómadas. Siempre viajan.

De esta manera empezó la dura travesía del desierto del Néguev: una enorme extensión de terreno pedregoso que la caravana cruzaba con temperaturas infernales durante el día y de intenso frío por las noches. La rutina diaria siempre era la misma: empezaban a caminar justo antes del amanecer y no paraban hasta llegar al próximo pozo de agua potable al anochecer.

Algunos no resistían la cruel prueba y, ya fuera por alguna enfermedad o por puro agotamiento, morían extenuados. Los que acompañaban al finado celebraban una rápida ceremonia y, dejando el cadáver cubierto por algunas piedras, volvían a incorporarse al convoy.

Kaptah explicó entonces a Zeus que los ricos mercaderes nunca iban personalmente en estos arriesgados viajes. Enviaban a un esclavo dejando a su familia como rehén para asegurarse de que regresaba con los beneficios de la expedición. En caso contrario su mujer e hijos eran cruelmente torturados hasta morir.

La llegada a Mamshit supuso una ruptura en la monotonía de la marcha pero todo el mundo estaba demasiado agotado para disfrutar de ello. Lo único que deseaban era llegar a Esyon-Geber y todavía estaban, aproximadamente, a mitad de camino.

Mientras estaban preparando el campamento el agá iba recorriendo todas las jaimas. Cuando llegó a la de Zeus le explicó que debían pagar los derechos de paso que consistían en quinientas dracmas.

Al día siguiente, y ya en marcha, Zeus preguntó a Kaptah acerca de aquel pago. El esclavo informó que en todas las ciudades de los nabateos era obligado el pago del derecho de paso para sufragar los gastos de los soldados que vigilaban el tránsito de caravanas.

- ¿Soldados que vigilan? ¡Pero si no he visto ni uno solo!

- Soldados no dejarse ver. Pero si haber bandidos ellos aparecer de debajo de las piedras.

Para combatir la extrema dureza de la marcha y el mortal cansancio Zeus interrogaba a Kaptah sobre diversos temas y, cuando en un momento dado, le preguntó por qué los únicos mercaderes que llevaban almáciga eran los que habían sido invitados a la cena en Acre el esclavo, contrariamente a su costumbre, respondió con evasivas.

Día tras día la caravana avanzaba con su pausado movimiento y noche tras noche se levantaban las jaimas para pasar la noche y descansar.

Siempre la misma monótona rutina en el mismo desolado paisaje y acompañados por atroces temperaturas.

Por ello, cuando en un atardecer y desde la cabeza de la columna se empezó a oír un rumor que iba creciendo a medida que se propagaba, la gente empezó a entregarse a un baile frenético acompañados de gritos de alegría. Zeus preguntó a Kaptah que era lo que pasaba. Y este, riendo y bailando como un poseso gritó:

- ¡Esyon-Geber ya poder verse! ¡Haber llegado! ¡¡¡Haber llegado!!! ¡¡Haber llegado a Esyon-Geber!!

Capítulo 7

De Esyon-Geber a Adén

Aquella noche la tuvieron que pasar en el caravasar, en las afueras de la ciudad, puesto que las puertas de acceso a la misma se cerraron antes de que pudieran llegar a ellas. No obstante el ambiente era festivo y todo el mundo disfrutaba del fin de aquella última etapa.

Antes del amanecer del día siguiente formaron una ordenada fila ante las puertas de Esyon-Geber y cuando estas se abrieron los integrantes de la caravana empezaron a pasar ante los aduaneros para declarar la mercancía que llevaban y pagar los derechos correspondientes. Una vez pasado este trámite Zeus decidió ir en busca del barco que había de llevarles a Adén.

Al llegar al muelle, sin saber que navío de los atracados era el suyo, Zeus envió a Kaptah con el documento redactado por Ib-Hyrum, y que le acreditaba como pasajero, para que averiguara de cuál se trataba.

Kaptah, después de interrogar a unos marineros y hablar con el capitán de uno de los barcos, regresó para comunicar a su amo que podían embarcar en una nave que ya estaba preparada para zarpar a la mañana siguiente.

Al llegar al barco Zeus se presentó al capitán y este confirmó la reserva para en noble Andronikos y su carga de almaciga. Cuando Kaptah comprendió aquellas palabras empezó a temblar ostensiblemente al tiempo que iniciaba una de sus nerviosas danzas.

- ¡Pero mi gran señor Andronikos! ¡No poder dejarme aquí! ¡Vos ser un gran amo para mí y yo ser buen esclavo para ti! ¡Si tu viajar sin mí no poder hablar con gente con lenguas cada vez más difíciles! ¡Yo ser muy buen esclavo para vos! ¡Yo ser muy buen esclavo! – Sollozaba sin consuelo ante la perspectiva de ser vendido a cualquier amo malvado.

Zeus se quedó un rato pensativo y decidió que el camellero tenía razón: sin su ayuda apenas podría hacerse entender en esos lejanos países. Así que acordó con el capitán que Kaptah también embarcaría, como no, a cambio de unas monedas.

Aclarado aquel tema y una vez cargada la mercancía y tomado posesión de un minúsculo espacio para Zeus en las bodegas (naturalmente Kaptah viajaría en cubierta), acudieron al mercado permanente de camellos para vender los suyos. En aquella feria los mercaderes que llegaban por mar compraban camellos para continuar su camino en caravana y los que acababan de llegar por tierra y tenían que embarcar, como era el caso de

Zeus, vendían los suyos.

Nuevamente Kaptah demostró su valía vendiendo los camellos a un precio excelente a pesar de venderlos sin incluir el camellero y Zeus, complacido, decidió celebrarlo acudiendo ambos a una casa de comidas para darse un buen banquete para compensar así las privaciones pasadas en el desierto.

Kaptah estaba eufórico al ver a su señor tan contento, pero su dicha alcanzó proporciones formidables cuando, al final de la comida, Zeus le regaló unas pocas monedas casi sin valor monetario pero de indiscutible significación sentimental: nunca había poseído dinero propio.

A continuación, sin nada más que hacer, regresaron al barco en espera de la partida. Por el camino Zeus pensó que ahora que Kaptah ya no tenía que manejar aquellas bestias caprichosas bien podría ser el momento de darle un buen baño al ex camellero. Al llegar al barco comunicó sus intenciones al capitán y este enseguida estuvo de acuerdo. Llamó a tres corpulentos marinos y les puso al corriente del tema. Para darles un acicate Zeus repartió un par de monedas para cada uno.

Los marineros fueron a buscar los cepillos que utilizaban para limpiar la cubierta del barco y armados con ellos se dirigieron dónde estaba el esclavo. Sin decir palabra, entre los tres, le desnudaron totalmente. Kaptah, que creía que la cosa iba por otros derroteros, empezó a chillar, dar patadas y puñetazos, hasta que uno de los atacantes lo sujetó y, a continuación, lo arrojó por la borda.

Tras él los tres marineros saltaron al agua y agarrando al aterrado bañista le sometieron a una limpieza a fondo sin ningún tipo de piedad. Cuando ya consideraron que habían cumplido su tarea subieron a bordo llevando a un exhausto pero aseado Kaptah. Una vez en cubierta le proporcionaron un paño para secarse y allí se quedó, en un rincón, tembloroso y sollozante. Zeus fue a buscar ropa limpia y sandalias que depositó a su lado, dejándole a solas para que pudiera recuperarse de la experiencia.

Al día siguiente, cuando todavía no había luz de día, las órdenes emitidas a gritos y el movimiento del barco despertaron a los pasajeros. ¡Zarpaban hacia Adén! Todos los viajeros acudieron a cubierta para contemplar las maniobras de desatraque y despedirse de Esyon-Geber.

Zeus encontró a Kaptah ya vestido con las ropas proporcionadas y hasta con un proyecto de peinado, lo que en él representaba el colmo de la pulcritud. Viendo que tenía totalmente recuperado el ánimo le convidó a desayunar con las viandas de su siempre bien provisto zurrón de piel de cabra ya que era de esperar que la cocina del barco no funcionaría hasta

estar fuera del puerto y bien encaminados.

Buscaron un rincón apartado y allí dieron cuenta de buenos trozos de queso y pan acompañados por aceitunas, uvas pasas y vino mientras comentaban, entre risas y gesticulaciones el episodio del baño de Kaptah.

Más tarde, cuando coincidió con el capitán en cubierta, le preguntó a este que tal veía la travesía y cuanto creía que duraría. En un rudimentario griego contestó que el tiempo y el viento parecían favorables con lo cual en una semana o diez días a lo sumo estarían en Adén. Luego, con sorprendente locuacidad, pasó a explicarle algunos detalles de la travesía. En primer lugar navegarían por el golfo de Eilat durante uno o dos días. En este tramo el mar parece un río muy ancho, pues pueden verse claramente las dos orillas. A continuación saldrían al mar Rojo, mucho más ancho, en el que hasta el final no es posible divisar más que una orilla. Por último, y ya en el golfo de Adén, llegarían al puerto del mismo nombre.

Las previsiones del capitán se cumplían y la navegación era plácida. Los pasajeros, comerciantes todos, paseaban por cubierta tranquilamente o se reunían en grupos para hablar de sus cosas. Zeus intentó establecer contacto con algunos de ellos pero su insulsa charla, solo interesada en el dinero, pronto le hastiaba. Fue así como con el paso del tiempo charlaba más a menudo con Kaptah. De esa manera, y a instancias de Zeus, un día el esclavo le explicó su azarosa vida.

- Yo ser un joven guerrero en un pequeño pueblo del alto Egipto. Yo ser listo y aprender rápido como cazar y poner trampas para atrapar buenas piezas. Yo buen guerrero y todas muchachas de tribu mirar a mí con deseo. Pero yo elegir a Nebet. Ella muy hermosa y muy buena esposa y darme cinco hijos: tres varones y dos hembras. Yo cada vez más feliz con mi familia hasta que un desgraciado día llegar bandidos de las Arabias y atacar poblado. Yo y otros guerreros luchar valientes, pero atacantes ser más que nosotros. Muchos heridos. Muchos, muchos muertos. Un hijo mío y dos hijas mías muertos. Yo, Nebet y dos hijos prisioneros. Ellos atar con hierros y cadenas a los que vivir y no estar heridos y llevar a barco. Cruzar mar Rojo y llevar a poblado con mercado de esclavos y a nosotros vender. - Kaptah intentaba mantener el tono y el semblante sereno, pero las lágrimas corrían abundantes por su pálido semblante. - ¡Yo ya no ver más a Nebet! ¡Yo ya no ver más a mis hijos! Y yo pasar de amo a otro amo. Recibir muchas palizas, muy fuertes. En una perder un ojo. En otra quedar cojo. Esa ser mi vida hasta que tú, mi señor, comprar. ¡Y tú no pegar nunca a Kaptah! ¡Tú ser muy buen amo! ¡Tú regalar ropa y sandalias! ¡Tú dar dinero a mí! ¡Tú ser muy buen amo! ¡Muy bueno! ¡Y yo quiero estar buen esclavo para ti hasta fin de mis días! ¡Yo ser muy buen

esclavo para ti!

Zeus estaba conmovido. Sin saber por qué. Aquella historia era de lo más frecuente. Los esclavos procedían de soldados de otros ejércitos hechos prisioneros o fruto del pillaje de bandidos. Pero oírle de boca de aquel individuo que le estaba poniendo su alma al descubierto le llegaba muy adentro. En un estado de gran emoción Kaptah continuó.

- ¡Yo ser muy buen esclavo para ti! Por eso yo tener que contar un secreto que tú no conocer. Aunque tú después pegar paliza a Kaptah.

Zeus se quedó estupefacto. ¿Qué secreto era aquel? ¿Por qué tendría que pegarle? Dejó entonces que Kaptah continuara.

- Has de saber, mi buen amo, que en caravanas se escogen a mercaderes novatos y algo inocentes a los que llamar "almácigos". Ser gente con mucho dinero y que se les ofrece mercancía almáciga. Esta no valer nada porque ya se ha sacado esencia con propiedades de medicina. Pero todo el mundo saber que si alguien llevar almáciga ser fácil sacarle monedas con cualquier engaño.

Kaptah calló mirando a Zeus de hito en hito esperando la reacción de este. Por su parte el divino empezó a comprender muchas cosas: le habían tomado el pelo y el dinero de la manera más desvergonzada. Y él casi no se había dado cuenta. Le daba igual el dinero, pero no que le tomaran por un estúpido papanatas. Si en aquel momento Zeus hubiera tenido sus poderes la tormenta de rayos y truenos que se hubiera desencadenado habría hecho historia. Pero lo que hizo fue tranquilizar a Kaptah.

- No te preocupes Kaptah. Ahora veo claramente hasta donde llega tu lealtad hacía mí y en ese sentido nada has de temer. Y por mi parte procuraré espabilar un poco y no dejarme burlar por cualquier majadero.

Mientras tanto la travesía avanzaba según lo pronosticado y al fin llegaron a Adén. Una vez en tierra, y descargada la mercancía, Zeus mandó a Kaptah que averiguara donde podían encontrar al tal Kasîb-al-Khâlid. El esclavo volvió e informó a su amo que aquel individuo vivía cerca del puerto.

- Pues ve y dile que yo, el noble Andronikos el griego, quiere verle y que le espero aquí. Si se niega a venir enséñale esto. – Dijo tendiéndole el documento que había redactado Ib-Hyrum en Tiro.

Zeus tomó asiento en uno de los fardos de almáciga para hacer más pasadera la espera, ajeno a todo el jaleo del puerto y vigilando atentamente todo su equipaje. Al poco tiempo Kaptah regresó seguido de un sudoroso tipo bajito y rechoncho que, una vez en presencia de Zeus,

empezó a emitir un ininteligible discurso mientras se deshacía en reverencias. Zeus alzó una mano indicándole a Kaptah que le dijera a aquel sujeto que no había entendido nada y que él solo hablaba griego. Así lo hizo y la respuesta fue que el otro desconocía esa lengua. Suspirando resignadamente, Zeus ordenó a Kaptah que hiciera de intérprete y así pudo enterarse de que la perorata que había soltado aquel tipo era, por una parte, la bienvenida a Adén y, por otra, el ofrecimiento de alojamiento en su casa hasta la partida del barco para las Indias. Agradeciendo las palabras de bienvenida y el ofrecimiento de albergue, que de inmediato pasó a rechazar ya que no estaba dispuesto a pagar ni una moneda de cobre de más por cosas que él podía procurarse, Zeus quiso tener de inmediato el dinero depositado.

El fulano contestó que tendría que leer los detalles del documento de su cuñado Ib-Hyrum, pero que procuraría tenerlo todo arreglado en el menor tiempo posible. A estas palabras Zeus contestó que a la mañana siguiente enviaría a su esclavo para que fuera informado del estado de las gestiones. De esta manera despidió a aquel sujeto que se retiró con una nueva tanda de reverencias mientras caminaba hacia atrás.

Concluido el trámite inicial Zeus dio órdenes a Kaptah para que, en primer lugar, contratara porteadores para que llevaran la almáciga al mercado y procurara venderla lo mejor posible. A continuación debía enterarse cuando partiría el primer barco hacia las Indias y regresar a aquel mismo sitio a la hora de la comida. Por su parte Zeus marchó a callejear por aquel exótico paraje en el que todo era sorprendente y extraño: las ropas de los nativos, el lenguaje que utilizaban, la estructura de sus edificios, el trazado de sus calles estrechas y tortuosas...

Más tarde, y cuando ya empezaba a tener hambre, regresó al sitio de reunión convenido donde Kaptah ya le estaba esperando. Este estaba apenado ya que, tal como suponía, no había podido obtener un buen precio por la almáciga. De todos modos buscaron una casa de comidas y disfrutaron de una buena comilona. En el transcurso de esta Kaptah informó a Zeus de que había dos barcos prestos a zarpar en dirección a Barygaza en el plazo de un par de días. Una vez acabada la comida, Zeus decidió ir a hacer una visita a esos barcos. Animado por esas buenas noticias, al salir de la casa de comidas, nuevamente Zeus regaló unas pocas monedas al asombrado Kaptah que no creía que aquello le estuviera sucediendo a él.

El primer barco Zeus lo descartó inmediatamente. Su aspecto sucio y viejo no ofrecían mucha confianza y los marineros que pudo ver tenían una pinta de lo más sospechosa. Afortunadamente el otro barco era todo lo contrario: grande, limpio y muy bien aparejado por una eficiente tripulación. Sin dudar un instante subió a bordo para entrevistarse con el capitán que resultó ser un fornido hombre de mar que además hablaba un griego bastante correcto ya que, según explicó, en su juventud había

navegado unos cuantos años por el Mediterráneo. Enseguida llegó a un acuerdo y reservó dos pasajes en un pequeño camarote con dos literas.

Solucionado este tema bajaron a tierra y se encaminaron al mercado. La intención de Zeus era comprar incienso para venderlo en Barygaza. Mediante la ayuda de Kaptah hicieron un sondeo a fin de comprobar precios y calidades, dedicando a esta tarea el resto del día.

Al alba del siguiente día un ligero balanceo despertó a Zeus despabilándole en el camarote del barco donde había pasado la noche. Salió a cubierta y notó una suave pero persistente brisa proveniente de tierra. Al ver al capitán se dirigió a él para interesarse por los preparativos de la marcha.

- Parece que ya empiezan a soplar los vientos del suroeste que han de llevarnos a Barygaza. – Anunció el capitán al ver al griego. – Si siguen así, y es de esperar que lo hagan, mañana o pasado zarparemos.

Con esas noticias volvió Zeus al camarote para despertar a Kaptah y empezar los preparativos de la marcha. En primer lugar Zeus quería solventar el tema del dinero. Necesitaba efectivo para comprar incienso para poder venderlo en las Indias y estaba bastante escaso de moneda. Así que, después de un buen desayuno, se dirigieron a casa de Kasîb-al-Khâlid. Allí Zeus logró arrancarle al depositario diecisiete mil setecientas dracmas fruto de hacer rebajar el porcentaje de la comisión hasta un once y medio, que en principio Kasîb-al-Khâlid había fijado en un catorce por ciento.

Con el peso de aquel dinero en el zurrón de piel de cabra de Zeus se dirigieron a las paradas del mercado que los dos habían decidido que eran las que mejor género y precio ofrecían. Una vez concluidos los tratos Kaptah se quedó encargado de buscar transporte para llevar la mercancía a bordo mientras Zeus se dirigía directamente a la embarcación para guardar en su camarote el resto del dinero.

Mientras esperaba la llegada de Kaptah aprovechó para comunicar al capitán que en cuanto embarcaran el incienso estarían dispuestos para la partida, cosa que alegró al marino, que quería aprovechar aquellos vientos que cada vez soplaban más favorablemente.

Pasado un tiempo apareció Kaptah dándose las de gran señor y guiando a un par de porteadores. Dio las órdenes pertinentes y el par de cargadores llevaron los fardos a las bodegas. Zeus no daba crédito a sus ojos: el egipcio se había hecho adornar el parche que tapaba su ojo dañado con una delicada labor de orfebrería y sujetaba su kufiyya con un agal ricamente adornado con hilos de oro. ¡Parecía él el amo y Zeus su criado!

Disimulando como pudo sus ganas de reír a carcajadas invitó al notable Kaptah a comer en una casa de comidas en el mismo puerto, por si el capitán decidía zarpar de inmediato, y cuando terminaron Zeus le pasó a escondidas las monedas suficientes para que fuera él el que pagara el convite. La actuación de Kaptah no defraudo a Zeus y este agradeció el que zarparan de inmediato ya que era difícil de imaginar hasta donde podían llegar las excentricidades del ex camellero.

Capítulo 8

La mar oceana

No bien dejaron atrás el puerto de Adén la distancia entre la embarcación y la costa iba incrementándose por momentos. Al despuntar el alba del segundo día de navegación el litoral apenas era visible. Para Zeus, acostumbrado a la navegación costera, aquello era alarmante ya que, si seguían así, pronto no tendrían ninguna referencia por la que establecer el rumbo

Con esa preocupación fue a exponer sus inquietudes al capitán. Este, para tranquilizar al pasajero, le explicó que aquel tipo de travesía era la normal en aquellas aguas que, aunque eran más extensas que el Mediterráneo, solían tener vientos más tranquilos y favorables.

Como si quisiera contradecir al capitán en la tarde del quinto día el viento, que hasta entonces había soplado de una manera favorable y constante, empezó a cobrar fuerza al mismo tiempo que el cielo iba encapotándose. A primeras horas de la noche empezó a caer un abundante aguacero acompañado de un importante oleaje. Las horas nocturnas pasaban lentamente: para la tripulación maniobrando para defenderse de aquel temporal y para el pasaje temeroso de que de un momento a otro el barco se fuera a pique.

Durante todo el día posterior la tormenta no perdió nada de su fuerza y no fue hasta la media mañana del siguiente día cuando el sol asomó entre las nubes, tímidamente al principio, pero con más fuerza a medida que avanzaba la jornada. El viento y el oleaje amainaron, regresando todo lentamente a la normalidad.

Para Zeus aquel episodio solo representaba una cosa: ahora sí que estaban definitivamente perdidos ya que durante la tempestad habían navegado sin ningún tipo de guía y donde el viento les había llevado.

Sin embargo el capitán se paseaba tranquilamente dando alguna que otra orden para restablecer a bordo la normalidad total. Nuevamente fue en su busca y disculpándose por estar tan alarmado le planteo sus actuales preocupaciones. El navegante escuchó en respetuoso silencio las dudas de Zeus y, después de observar fijamente los ojos de este, pasó a desvelar el secreto que permitía aquel tipo de singladura.

- Habéis de saber, noble Andronikos, que en esta embarcación disponemos de un instrumento que nos permite saber en todo momento el rumbo que debemos llevar para dirigirnos a nuestro destino. Se trata de un invento que viene del país de China y, que si me lo permitís, os

mostraré.

Zeus estaba atónito al oír aquellas palabras ya que nunca había oído hablar de semejante artefacto. Sin dudar un instante siguió al capitán y entraron en una pequeña caseta situada a popa.

En ella un timonel manejaba la caña del timón atento a una vasija con agua y firmemente sujeta al piso en la que flotaba una pequeña flecha.

- Aquí tenéis nuestro secreto: esta pequeña flecha siempre señala la dirección de la estrella del norte. Pero como nosotros no queremos ir hacia el norte, sino a Barygaza, debemos conocer cuál es el ángulo que forma la dirección del norte con la dirección de Barygaza. Una vez conocido esto simplemente es necesario navegar siempre en dirección a ese ángulo. Si por alguna causa nos desviamos de ella, por ejemplo a causa de la tormenta pasada, basta con tomar nota de la distancia recorrida y la dirección tomada para posteriormente hacer las rectificaciones necesarias.

A continuación el capitán le mostró una mesa repleta de hojas llenas de cálculos, diferentes instrumentos y varios papiros con anotaciones en diversas lenguas. En un alarde de paciencia y consideración el marino continuó explicando detalles de todo aquel complejo sistema de orientación que no hizo más que confundir totalmente al abrumado Zeus. Este, dando efusivamente las gracias, se despidió del capitán esperando que, con todo aquel enrevesado procedimiento, estuvieran efectivamente en camino de su destino.

Sin perder tiempo Zeus fue en busca de Kaptah para ponerle al tanto de su desasosiego respecto a la situación en la que se encontraban.

Ya fuera por aquella inquietud o por una necesidad apremiante de hablar, el divino se alargó en la conversación y acabó por explicar al egipcio la verdadera razón de su viaje. Kaptah reflexionó un momento sobre aquella cuestión y replicó a su peculiar manera.

Yo creer que intentar comprender ciertas cosas, perdonad que os lo diga, indican una vida ociosa. Yo nunca haber tenido tiempo para pensar en esos temas. Siempre haber estado más atento a hacer bien mi trabajo y evitar palizas. Por otra parte lo que si creer es que haber un orden establecido por el cual el agua moja y el fuego quema, y que yo ser esclavo y vos un gran y noble señor. Y todo ello funciona así por deseo de los dioses.

- ¿Así pues crees en los dioses?

- Naturalmente, mi amo. Yo conocer dioses egipcios, griegos, romanos, asirios y hacer ofrendas a todos ellos. Y no es que ellos portarse

demasiado bien conmigo. Pero lo establecido es lo establecido y yo entiendo que eso no debe cambiarse. Solo queda hacer una cosa y es entender como funcionan las cosas y no lavarse la cara con fuego ni intentar calentar el asado con agua.

Zeus estaba a punto de revelar su condición divina al esclavo pero prefirió conservar el secreto de momento.

Capítulo 9

En Barygaza

Con gran alivio para Zeus y en el plazo previsto se empezaron a ver las primeras señales de tierra recortadas en el horizonte. Aunque todavía faltaban unos días para llegar al puerto de Barygaza todo el mundo a bordo estaba satisfecho de la travesía que pronto finalizaría.

A medida que iban acercándose a su destino el tránsito marítimo se hacía más abundante y el pasaje, sin otra ocupación mejor, permanecía en cubierta saludándose de unos barcos a otros. No obstante aquel inocente pasatiempo se convirtió en creciente zozobra ya que el continuo aumento del tráfico náutico hacía temer, que tarde o temprano, acabarían colisionando con otro barco naufragando tan cerca de su meta. Afortunadamente la pericia del experto capitán, que dirigía la maniobra, hizo que arribaran sin contratiempo ninguno a buen puerto.

De esta manera llegaron a Barygaza, gran ciudad comercial situada en la desembocadura del río que allí llamaban Narmanda, que según Kaptah significaba "el que está dotado de felicidad". Antes de despedirse y felicitar al capitán de la nave Zeus mandó a Kaptah que buscara porteadores para descargar su incienso y después llevarlo al mercado. Estaba impaciente por deshacerse de aquella mercancía y poder dedicarse a buscar hombres sabios que contestaran a sus preguntas.

Cuando volvió Kaptah iba acompañado por los dos individuos más flacos que Zeus recordaba haber visto en su vida. Ataviados únicamente por unos sucios taparrabos ofrecían tan triste aspecto que el divino dudaba que pudieran acarrear los fardos sin perecer en el intento. Sin embargo cargaron y transportaron la carga sin molestia aparente.

Los porteadores guiaron a Zeus y Kaptah hasta la zona donde los tratantes de incienso tenían sus puestos de compraventa. Para llegar hasta ella tuvieron que atravesar un interminable número de callejuelas angostas, la mayoría bastante llenas de suciedad, donde un sinfín de pequeños comerciantes ofrecía sus productos: telas finísimas de todos los colores; enormes surtidos de bisutería, piedras preciosas y semipreciosas; especias de todos los colores y aromas, mucho más abundantes y variadas que en el mercado de Tiro; plantas medicinales; colorantes para teñir la ropa y otros muchos productos y géneros desconocidos.

Tras inspeccionar minuciosamente a todos los comerciantes de incienso Kaptah decidió tratar con un venerable anciano por ser el que le pareció más digno de confianza. Después de una larguísima negociación consiguió convencerle de que su incienso era muy superior, en todos los aspectos, al bdellium que él ofrecía. De esa manera consiguió un magnífico beneficio

con gran regocijo de Zeus.

A continuación decidieron invertir los beneficios obtenidos en telas de seda, que en Atenas se pagaban a precios exorbitantes. Una vez concluida la operación y depositado el género en un almacén de confianza ya habían concluido las tareas comerciales.

Satisfechos ambos, amo y esclavo, decidieron pasearse por aquella ciudad que parecía que toda ella era un inmenso mercado. Puestos y más puestos, tiendas y más tiendas se sucedían sin fin. Abundaban igualmente charlatanes, encantadores de serpientes, narradores de fábulas y leyendas, escribas, sastres, médicos y toda una inacabable colección de farsantes que intentaban ganarse la vida como podían.

En un momento dado Kaptah, entusiasmado, cogió del brazo a Zeus y señaló agitadamente a una anciana mujer que, sentada en cuclillas, no parecía hacer nada.

- ¡Señor! ¡Mi señor! ¡Una adivina! ¡Ella lee la mano y adivina el porvenir!

El egipcio arrastró prácticamente al griego hasta que se detuvieron ante ella. La mujer alzó su rostro, curtido por la intemperie y plagado de arrugas, y los escrutó con penetrantes ojillos. Kaptah, poniéndose también en cuclillas alargó su mano derecha con una moneda. La vieja cogió la moneda y empezó a parlotear mientras seguía con su dedo índice las rayas de la mano del entusiasmado esclavo. Al acabar Kaptah explicó a Zeus el resultado del vaticinio.

- ¡Oh! ¡Qué buen futuro! ¡Muchas cosas buenas, pero la mejor ser que yo os serviré hasta el fin de mis días! ¡Yo ser muy feliz! Ahora os toca a vos, mi señor.

- ¿Pero qué dices? Yo no creo en estas cosas.

- ¡Sí, mi amo! ¡Solo es un momento!

A regañadientes Zeus accedió y extendió su mano con una moneda, tal como había visto hacer a Kaptah. Apenas inició su parloteo la adivinadora lanzó un grito y mirando con ojos desorbitados a su asombrado cliente se irguió rápidamente y con una inesperada agilidad se perdió entre la muchedumbre.

Desconcertado por aquella reacción y hasta un poco asustado Zeus pidió a Kaptah que intentara averiguar dónde podía encontrar a algún hombre sabio. Al poco tiempo regresó para informar de que el mejor sitio, a una distancia razonable, para encontrar sabios pensadores era la ciudad de

Nashik a una semana de camino en dirección sur.

- ¡Pues hacia ella partiremos mañana a primera hora! – Sentenció Zeus.

Capítulo 10

En Nashik

Después de los previstos siete días de marcha llegaron a Nashik. A medida que se aproximaban a esa ciudad se iban sumando más y más peregrinos, ya que al parecer, era el momento en que se celebraba la kumbh mela. Según Kaptah, que charlaba con todo el mundo, era una peregrinación que se realizaba cuatro veces cada doce años.

El número de peregrinos era ingente y variado: desde miserables indigentes, tullidos, ciegos o leprosos hasta ricos personajes en lujosos carruajes; desde familias de varias generaciones a monjes solitarios; palanquines que transportaban mujeres veladas por costosos tules contrapuestas a míseras prostitutas devoradas por enfermedades propias de su profesión.

Un buen número de aquellos peregrinos iban vestidos únicamente con un simple taparrabos y algunos ni tan siquiera eso. Su aspecto era realmente singular: delgados hasta lo increíble llevaban los cabellos largos y peinados de extravagantes maneras, sus rostros y cuerpos aparecían pintados con tintes de todos los colores y para alimentarse lo poco que necesitaban lo conseguían pidiendo limosna al resto de caminantes.

La muchedumbre parecía un río desbordado que lo inundaba todo y, quizás por afinidad, prácticamente todos los forasteros parecían preferir las orillas del río Godavari para montar sus vistosas tiendas en las que vivirían los días que iban a durar los festejos. Según les explicaron, este río, que nacía en el templo de Trimbakeshwar cerca de Nasik, atravesaba todas las Indias hasta desembocar en el golfo de Bengala recorriendo una distancia prodigiosa.

Kaptah se las arregló para conseguir todo lo necesario para tener un rincón tranquilo en el que establecerse y, después de un merecido descanso, empezaron la búsqueda de algún hombre sabio que pudiera arrojar alguna luz sobre los problemas que agobiaban a Zeus.

Según iba pasando el tiempo y, a medida que iban conociendo con más detalle la manera de vivir de aquellas gentes, Zeus y Kaptah llegaban a una conclusión evidente: en aquel país todo giraba en torno a la religión.

Decidieron, pues, visitar el mayor de los muchos templos que abarrotaban la ciudad en busca de la tan ansiada sapiencia. Sin embargo no era fácil acercarse a aquel lugar sagrado debido a la extraordinaria concurrencia de devotos. Sin embargo, a base de codazos, sonrisas y pequeños trucos de Kaptah lograron acercarse lo suficiente para oír la prédica de uno de los santones. Más tarde Kaptah intentó explicar a Zeus lo que el santo

hombre sabio había descrito: un concepto algo confuso llamado el maya. Este consistía en considerar el universo en el que vivimos como una imagen irreal, como una ilusión, en el que estamos atrapados.

Al parecer la semejanza entre las almas y Brahman (Dios) es solo el maya que es la irrealidad: la realidad es que solo existe Brahman.

Con estas borrosas ideas dándoles vueltas en la cabeza los dos indagadores se retiraron. Varias horas más tarde, y ya en su tienda, debatieron largamente acerca de lo que habían oído pero sin llegar a ninguna conclusión clara.

Al día siguiente volvieron a la carga. Y al otro. A finalizar el tercer día creían tener una idea, más o menos clara, de aquella ideología. Para los seguidores de aquella religión la vida se divide en cuatro etapas: la primera es la fase del estudio para obtener una buena formación; la segunda consiste en fundar una familia, lo más numerosa posible; la tercera es la del peregrinaje y la cuarta y última es llegar a ser saa-dhu. Un saa-dhu es un monje o asceta que dedica los postreros años de su vida a la penitencia y a la frugalidad para llegar a la iluminación y la felicidad a base de evitar lo que ellos llaman las tres impurezas, que son el egoísmo, la acción con deseo y el maya.

Evidentemente, a medida que ascienden en esas etapas de su existencia, el desapego con las cosas reales es cada vez más manifiesto, por lo cual empezaron a comprender que los interrogantes de Zeus no encontrarían respuesta en aquel lugar.

Y la cosa quedó definitivamente clara cuando en la mañana del cuarto día Zeus logró acorralar a uno de los saa-dhu y a través de Kaptah le hizo una serie de preguntas tales como porqué los peces podían vivir dentro del agua y morían fuera de ella o porqué las aves podían volar por los cielos.

El saa-dhu los miró como si fueran chiflados y dándoles la espalda se alejó de ellos con un derroche de dignidad ofendida.

- Amigo Kaptah, creo que aquí nada vamos a obtener, a no ser que quieras convertirte en saa-dhu, aunque con tu aspecto lozano, fruto de tu afición a la buena mesa y al buen vino, creo que te será difícil.

- ¡Oh no mi buen amo! Yo no creo que tal vida sea buena para este pobre esclavo. ¡Yo solo quiero servirlos bien!

- Pues decidido. Mañana volvemos a Barygaza y de allí a Atenas. Además, durante estos días he tomado una decisión: que al llegar allí regularizaremos tu situación para que seas libre y además te contrataré como mi consejero espiritual. ¡Tú tienes más sabiduría que todos estos

monjes presuntamente sabios!

Por una vez Kaptah se quedó sin palabras para replicar tal fue la emoción y la satisfacción que le invadieron.

Capítulo 11

El regreso

Una vez en Barygaza el primer lugar que visitaron fue el puerto. Zeus tenía urgencia por encontrar un barco que zarpara en dirección a Adén. Y cuál no sería su sorpresa y alegría al descubrir que el barco que le había traído de Adén se disponía a hacer el trayecto de vuelta. Sin pensárselo dos veces subió presuroso a bordo, buscando al capitán, para solicitar pasaje para él, para Kaptah y para sus fardos de sedas.

El capitán le recibió cordialmente, pero le advirtió que el viaje podía llegar a ser peligroso: se disponía a probar un nuevo aparejo que permitía navegar a contraviento y con el cual había hecho algunas pruebas, pero al abrigo del golfo de Cambay, en la desembocadura del río Narmanda.

Zeus replicó que ya conocía su pericia de navegante y no le asustaba en absoluto surcar la mar oceánica en su barco pues confiaba totalmente en su demostrada destreza.

Llegado el día de la partida Zeus y Kaptah pudieron comprobar como aquella tripulación era totalmente experta y disciplinada: cada orden del capitán era inmediatamente ejecutada con una perfección y elegancia evidente.

En un momento de la travesía el capitán intentó explicarle a Zeus algo en referencia al sistema de navegación que utilizaban para poder avanzar a contraviento, pero si en el anterior viaje apenas había entendido nada de las demostraciones recibidas, nuevamente las técnicas empleadas, los cálculos, las medidas geométricas y otras herramientas no hicieron calado en su mente.

Finalmente el viaje acabó sin ningún tipo de problemas. El capitán estaba eufórico, al igual que toda la tripulación y, al despedirse, Zeus felicitó efusivamente a toda la marinería, especialmente a su capitán, y repartió una generosa suma de dinero entre todos ellos.

De nuevo en el puerto de Adén, la primera preocupación de Zeus fue buscar un barco para dirigirse a Esyon-Geber. Afortunadamente poco tuvo que indagar para encontrar pasaje en una embarcación que estaba presta para hacerse a la mar en esa dirección.

Zeus estaba eufórico: todo salía estupendamente bien y, si continuaba así, pronto estaría en su amada Atenas. Kaptah también tenía ganas de llegar a su destino y convertirse en un hombre libre y con perspectivas de

buenos ingresos. ¡Por fin había cambiado su suerte!

Muchas tardes y noches pasaban hablando de sus cosas, de los enigmas de la vida, de los lugares visitados, de los beneficios que les reportaría la venta de la seda, de las ganas que tenía Zeus de encontrar a Ib-Hyrum y a su primo Sule'him para ajustarles las cuentas por haberle tomado el pelo de la manera en que lo hicieron...

La travesía era placida y Zeus, en parte para pasar el rato y en parte para poder paladear platos de pescado fresco, había trabado amistad con el cocinero de a bordo. Este pasaba bastantes mañanas apoyado en la borda del barco desde donde echaba varias líneas de pesca y bastante a menudo conseguía hermosas piezas. A Zeus le encantaba aquel pasatiempo y, como el cocinero solo hablaba su extraña lengua, recibía, por señas, detalladas instrucciones para lograr buenas capturas.

Cierta mañana los gritos del capitán interrumpieron aquella agradable ocupación. El cocinero escucho un momento atentamente y luego desapareció rápidamente sin recoger los aparejos de pesca ni las piezas obtenidas. Al poco rato apareció Kaptah, visiblemente nervioso, y explicó al desconcertado Zeus que era lo que pasaba: el capitán había informado a la tripulación de que un barco sospechoso les estaba siguiendo y acertaba distancia a ojos vistas.

- ¡Pues vayamos a prepararnos! ¡Ya encontraba yo a faltar un poco de acción! – Contestó Zeus con una amplia sonrisa.

De su equipaje sacaron sus alfanjes para después dirigirse a cubierta a fin de unirse al resto del pasaje y, desde allí, seguir los movimientos del barco perseguidor. Entonces pudieron comprobar que, a pesar de las maniobras de la marinería, la distancia que les separaba cada vez era menor.

A una orden del capitán toda la tripulación abandonó las jarcias a fin de prepararse para repeler el próximo abordaje: no era posible escapar de aquella veloz embarcación y la lucha se presentaba ineludible.

- Kaptah, piensa que ese barco puede ser el que os llevó a ti, a tu mujer y a tus hijos prisioneros.

Al oír aquellas palabras el rostro de Kaptah se iluminó con una sonrisa feroz.

Mientras tanto la nave pirata estaba ya a una distancia que permitía ver claramente los crueles rostros de los atacantes y que no daba lugar a engaño: la lucha sería encarnizada y aquellos bandidos no tenían aspecto de hacer prisioneros. De repente los salteadores empezaron a lanzar terribles gritos y rugidos a fin de impresionar a sus futuras víctimas. Lejos

de amedrentarse el capitán, la marinería y el pasaje del barco atacado respondieron con aullidos de igual fiereza.

Finalmente la nave agresora topó con un violento impacto y varios pasajeros cayeron sobre la cubierta debido a la fuerza de la colisión. Inmediatamente los saqueadores se lanzaron al abordaje blandiendo sus terribles armas mientras los atacados rechazaban, como podían, aquella violenta acometida.

Después de los primeros encontronazos entre los dos bandos se hizo evidente que los defensores superaban ligeramente el número de atacantes, lo cual dio más coraje a los miembros del barco mercante y más fiereza a los agresores.

Zeus disfrutaba, como no podía ser de otra manera, manejando su estupendo alfanje y haciendo retroceder a cualquier enemigo con el que se topaba. Por su parte, Kaptah tampoco se quedaba atrás: gracias a las palabras dichas por su amo, estaba en un trance de venganza que le dotaba de redobladas fuerzas para combatir a pesar de su prominente barriga.

El jefe de los bandidos vio claramente que era necesario neutralizar a aquel par de frenéticos luchadores si quería tener un mínimo de posibilidades de hacerse con el botín. En medio de la refriega dio órdenes discretas a sus luchadores más fieros para que se encargaran de ellos. Poco a poco, con la habilidad alcanzada tras innumerables combates, estos expertos guerreros fueron apartando a sus compañeros para establecer una lucha cara a cara con aquel par de furiosos entrometidos.

Kaptah intuyó algo de aquella maniobra y fue acercándose al lugar donde Zeus, ajeno a las tácticas del enemigo, seguía disfrutando con la lucha cada vez más fogosa.

Entonces lo vio claro: mientras un par de piratas luchaban de frente contra Zeus, un tercero iba acercándose por su retaguardia. Cuando este último consiguió desembarazarse de sus oponentes y situarse a una distancia adecuada alzó su alfanje dispuesto a propinar el golpe definitivo. Con un terrible grito Kaptah se lanzó en defensa de su amo recibiendo de lleno el impacto que le produjo una terrible herida. Zeus, que había visto aquella escena como si hubiera sido un sueño en los que el tiempo se dilata incomprensiblemente, tuvo la tentación de atender a su querido esclavo, pero reaccionó a tiempo para comprender que antes tenía que acabar con aquella pandilla de indeseables. Así que, al agacharse para esquivar un golpe, aprovechó para coger el alfanje de Kaptah. Con una de aquellas armas en cada una de sus manos empezó a contraatacar con redobladas fuerzas pensando en el estado de su amigo. Sin dar cuartel a

sus oponentes hirió a varios de ellos y puso en fuga a muchos otros.

Al ver aquel torbellino de combate el resto de compañeros ayudó a Zeus, con renovada furia, en la tarea de derrotar a los asaltantes. Estos, viendo que no tenían la mínima oportunidad de vencer en aquella confrontación, decidieron regresar a su barco.

Aquella retirada fue acogida con enorme júbilo por los agredidos, ya que no siempre el desenlace de aquellas reyertas tenía este fin. Los gritos de alegría, abrazos y otras muestras de emoción y alivio fueron, poco a poco, sofocadas por el capitán, que tenía prisa por abandonar aquellas aguas en previsión de que los piratas volvieran con refuerzos.

Mientras tanto Zeus estaba atendiendo a Kaptah, cuya tremenda herida sangraba abundantemente. Intentaba inútilmente animar a su amigo malherido al mismo tiempo que trataba de detener la hemorragia.

- No preocupar por mí, mi amo... – Susurró Kaptah con voz apenas audible. – Mi hora haber llegado... Y como decir adivina... yo servir a vos hasta fin de mis días... Yo contento... Yo vivir muy buenos días con vos y yo agradecer...

En medio de todas las maniobras de huida el capitán acudía a interesarse por el número de heridos y muertos. Los que pertenecían al bando atacante eran lanzados por la borda sin más miramientos. Al llegar donde estaban Zeus y Kaptah felicitó a ambos por su valentía. Sin embargo, al examinar al herido meneó la cabeza desesperanzado. En efecto, Kaptah murió al cabo de pocas horas.

Zeus no paraba de llorar desconsoladamente. Quizá por primera vez en su larga vida había conocido a una persona noble, sincera, generosa... Y ahora estaba allí. Muerta. Él había tenido en sus brazos y había visto innumerables agonizantes y muertos pero nunca, nunca esa circunstancia le había afectado como ahora.

Con un enorme esfuerzo Zeus se obligó a reaccionar y se dedicó a preparar el cadáver para su viaje al más allá. Después de lavarlo meticulosamente le vistió y arregló de tal manera que en el tránsito final pudiera sentirse orgulloso de su aspecto. Vestido con las mejores ropas y adornos de su equipaje le ciñó también su alfanje para que pudiera defenderse si algún fantasma de los piratas trataba de atacarle.

El resto del día y toda la noche Zeus estuvo velando a su amigo y, a la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, ayudado por el capitán y varios marineros, amortajaron el cadáver y lo bajaron suavemente hasta las aguas del mar Rojo.

Agradecido por las atenciones recibidas Zeus decidió regalar los fardos de seda al capitán y la marinería. Ya nada hacía necesaria la mascarada de hacerse pasar por mercader. Con aquel acto le pareció que se desprendía de un pesado lastre.

El resto del viaje de regreso fue una dura prueba para Zeus: nada le importaba, excepto llegar a su destino y volver a retomar sus obligaciones de rey de dioses para intentar deshacerse de aquella opresión que inundaba su pecho.

Mientras atravesaba de nuevo el desierto del Néguev un plan estaba tomando forma en su mente:

Intentaría ponerse en contacto con Kaptah mediante su amigo Tiresias, mediador entre vivos y muertos. Y entre dioses y humanos.

Intentaría descender al inframundo para visitar a Kaptah.

Intentaría negociar con su hermano Hades para que dejara volver a la vida a Kaptah.

Intentaría...

Intentaría...

Sí. Definitivamente lo intentaría.

FIN